

Los árboles de dilatadas florestas cayeron en masa arrancados de raíz, destrozadas sus vestiduras de exuberante follaje, y reducidos á corpulentos esqueletos, juguetes del huracán.

Muchas tierras se hundieron y desaparecieron, y otras nuevas se presentaron como surgiendo espantadas de las entrañas del globo terráqueo.

.....
Y las leves y marchitas hojas ¡ay! que mal abrigaban la simiente de la malograda rosa de nuestra historia, fueron también lanzadas del paraíso en pos de la mujer, pues una corriente de agua y un soplo sobre-natural, las aventó lejos, muy lejos del Edén, cuyas puertas inmediatamente cerró con sus poderosas alas, un Arcángel de mirada encendida, armada su diestra con espada de fuego amenazador.

Aquellas reliquias místicas é imperceptibles de la rosa, que así iban volando envueltas en las fatídicas alas del cataclismo universal, y siguiendo siempre inseparables á la mujer, se detuvieron al quedar oprimidas bajo el polvo espeso que se había convertido en fango, precisamente, allá donde Eva paró fijando sus cansados piés, y apoyando la abatida frente sobre el hombro de su afligido hermano y esposo.

¡Oh, qué noche aquella tan lúgubre y de recuerdo tan triste!.....

Pero también, ¡qué noche aquella de tan profundo misterio!.....

V.

DESPUES.

AUNQUE ya deteriorada la naturaleza toda por causa del pecado con que el hombre había ofendido al Creador, y que provocara tan universal catástrofe, poco á poco se fué serenando, y las estaciones siguieron corriendo su curso.

Poco tiempo después, la simiente del rosal, que había seguido los pasos de los desterrados del Edén, germinó frente á la rústica morada de éstos, brotando en la superficie de la tierra una nueva planta, abriendo á poco sobre su tallo más culminante y revestido de lucientes hojas, el capullo de una nueva rosa.

Originaria ésta del paraíso, al descubrirla Eva una mañana, corrió presurosa y llena de alegría infantil á observarla de cerca y atentamente contemplarla. ¡Cuál no fué, y cuán grato su asombro al reconocerla! ¡Cuán arrebatadamente deliciosa su sorpresa! ¡Era, en efecto, la rosa predilecta y singular; era su hermana; era el recuerdo inefable del Edén y de la felicidad perdida!

Sintióse como trasportada al cielo á vista de ella, y llena de dulce emoción, estrechó con fuerza la

planta sobre su túrgido y casi desnudo seno, queriendo, además, cubrir de besos á la rosa.

Mas ¡ay! una trasformación triste pero significativa y misteriosa, habíase verificado en el rosal. Á diferencia de cómo se encontraba en el paraíso, vestido de suave terciopelo y de joyante seda, ahora se encontraba erizado de agudas y punzantes espinas, que cruelmente hirieron á la primera madre de la humanidad, haciendo brotar la sangre de sus labios y de sus manos, de su seno y de su frente.....

VI.

FE Y ESPERANZA.

EVVA, pues, bañada en lágrimas, y tinta en sangre, exclamó llena de dolor: «Piedad, Dios mío, piedad!..... Ya todo lo comprendo

«¡Dios y Señor mío, continuó diciendo, yo creo y espero! ¡Ay, mi pecado llenó de espinas los antes suaves y tersos tallos de este primoroso rosal, con cuyas flores me debía tejer guirnaldas de triunfo en el Edén ahora perdido! Hoy, sus espinas graban profundamente, con heridas sangrientas, el oprobio de mi caída; pero revelan también el instrumento y

el medio de la redención mía y de todos mis hijos... ¿Cuándo el Redentor, cuándo el Hijo de Dios é Hijo de una Eva mejor y más digna que yo, vendrá á coronarse de estas punzantes espinas, y á derramar su sangre regeneradora para reconquistarme con el mérito de su Pasión, las guirnaldas inmarcesibles del paraíso eterno?»

Dijo, y guardando silencio, continuó orando con sólo su pensamiento, del cual eran expresivas muestras sus ardientes lágrimas y sus prolongados suspiros.

Desde entonces, aun más que antes, Eva contemplaba en el rosal un profundo y consolador misterio.

Símbolo de su fe y de su esperanza, era también el emblema de la caridad inmensa de Dios.

Constituyóse por eso, en solícita jardinera de la predilecta planta, junto á la cual reunía á sus hijos para aleccionarlos, y á la cual regaba por su propia mano con agua de la cercana fuente, cuyos raudales aumentaba con los de sus ojos y de la sangre de su corazón.

VII.

DIVINA CARIDAD.

CUARENTA siglos más adelante, el Hijo de la Eva triunfante, Inmaculada y Pura, el Hijo, digo, de la VIRGEN MARIA, iba ascendiendo bajo el peso de una Cruz por la escarpada cuesta de un monte.

Iba CORONADO DE ESPINAS, y llevaba en sus vestidos la encendida púrpura de su propia inocentísima sangre, la cual manaba de mil heridas cruelísimamente abiertas en su sagrado cuerpo.

Aquella guirnalda de espinas, entretejida de bravos juncos, habíale sido rudamente enclavada en las sienes, después de bañado en la abundante sangre que le fué extraída con el tormento de la flagelación, dejándole como racimo de uva exprimido en el lagar.

Así, coronado, como Rey de burlas, y oscurecido con la propia sangre el divino lampo de sus bellos ojos, fué conducido á la presencia de Pilato, quien le mostró al pueblo diciendo: *Ecce Homo*: «Hé aquí el Hombre.»

Así, coronado, fué conducido bajo el peso enorme de la Cruz al Gólgota.

Y así coronado, en fin, fué sobre la misma Cruz, clavado de piés y manos.

La *Corona de espinas* era el colmo y el realce de todos los tormentos de la Pasión; porque si la Cruz era un trono inmensamente cruel y misterioso, las espinas eran una diadema no menos infinitamente dolorosa y profundamente significativa.

Por ella, el martirio y la agonía del Crucificado se elevaban á la más alta potencia del sufrimiento y del baldón, porque oprimiendo las sienes del Hijo de Dios, cuya corona es aureola de indeficiente luz, quedaba su noble cabeza tan clavada como lo estaban sus manos y sus piés: no podía reclinarla sobre el madero sin que éste le enclavase más y más las espinas; ni podía bajarla, ó llevarla del uno al otro lado, sin que en las heridas de los clavos experimentase un muy agudo dolor, á causa del mayor peso en cada movimiento, y mucho más en el de la inclinación.

Varón de dolores, y hecho una llaga viva desde la planta del pié hasta lo alto de la cabeza, el Hijo de la Virgen espiró, quedando su cadáver bañado en sangre, pendiendo del ignominioso madero, manifestándose, empero, á los escogidos, siempre gentil y bello, como una rosa purpúrea impregnada de los líquidos diamantes del rocío.

Murió, ofreciéndose en holocausto de precio infinito por Eva y por todos sus hijos, por Adán y to-

dos sus descendientes, abriendo de nuevo el paraíso á los pecadores con el mérito de su Cruz y de su *Corona de espinas*.

Murió, redimiendo á la humanidad, y salvando al mundo con el cruento y maravilloso sacrificio de su vida sacrosanta.

Murió, en fin, coronado; y, siquiera fuese de espinas la corona, de todos modos, y aun así por ludibrio, era la confesión aun por parte de sus verdugos de que él era REY.

VIII.

LA ROSA.

NO hay hombre de fe que dudarle pueda.

Jesucristo es el rosal del paraíso, cuya flor de roja y preciosísima sangre, cuya rosa de divino perfume, es el tesoro de su Gran Corazón, el tesoro de su amor inmenso, tesoro de la Divina Gracia, y prenda, por último, de la eterna dicha.

Por eso, si este Dios humanado quiso llevar sobre su cuerpo, en el esplendor de su victoria, las huellas glorificadas de la lanza, de la Cruz y de los clavos; sobre su mismo Corazón Divino ha querido con-

servar también, como en lugar más distinguido, cual divisa de infinita caridad, y junto con el sello de la Cruz, el fulgurante vestigio de su CORONA DE ESPINAS.

Osténtase de tal suerte, por otra parte, entre estos misteriosos símbolos aquel nobilísimo Corazón, palpitante siempre bajo los ojos del Eterno, y destilando gota á gota el inexhausto río que forma la Sangre Preciosa de la Redención, que ningún creyente dejará de reconocerle como la rosa mística y viva, como la verdadera rosa del paraíso.

Sí, ese Corazón grande y sublime es la rosa del cielo, y brotó en la tierra, colmada de divinal esencia, surgiendo en el tallo que germinara de la prodigiosa raíz de Jesé, regia progenie de David y de Salomón, de Joaquín y de María.

Es rosa sin igual, que pende del árbol de la Cruz, árbol exaltado entre el cielo y la tierra, entre el tiempo y la eternidad, entre el hombre y Dios.

La flor de este tronco, aquella rosa preciosísima, es contemplada por todos los siglos sobre la cima del Gólgota, que es por excelencia el monte de la humanidad, por lo mismo de haber sido el de la mayor inhumanidad para abrir sobre él el origen maravilloso del progreso, de la civilización y de la libertad.

Y la adorable jardinera que cultiva esta planta es la Eva de la Gracia, es la doncella sin par, la Madre Virgen, que junto á la misma planta, gusta,

como la antigua Eva, de aleccionar á sus hijos, que son los hijos de la humanidad entera. Ella, esa celebrada Virgen, es la que hace el riego de su huerto para beneficio de los mortales, con la sangre de su corazón y con las lágrimas de sus ojos.

Llamámosla por eso, ¡con cuánta razón! huerto cerrado y fuente sellada.

Ella es la rosa de las rosas; su amor es el amor hermoso, el amor de los amores; y su cantar es el cantar de los cantares.

En fin, su corazón es purísimo y santísimo, y atesora entre sus virginales telas el tres veces Santo de Dios mismo, de Jesús, del Hombre y Dios á un tiempo, inefable rosa del paraíso.

¡Oh! dígnese aceptar tan Gran Corazón, por medio del de la Inmaculada Virgen, el nuestro tan pequeño, tan mezquino y tan indigno!



CARTA

DE ACTUALIDAD

SOBRE EL MILAGRO

DE LA

APARICION GUADALUPANA

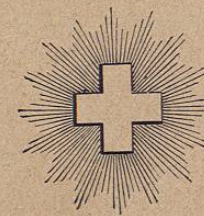
EN 1531

POR EL ILLMO. SR. DR.

DON CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA

OBISPO DE YUCATAN

(1888.)



MÉRIDA DE YUCATÁN

"IMPRESA MERCANTIL" A CARGO DE JOSÉ GAMBOA GUZMAN

1888